

caminar contento, aunque ciego, al través de la vana mascarada del mundo (1).» Se lo permitió efectivamente; «la coraza de diamante (2)», que había protegido al hombre maduro contra heridas de la batalla, protegía al viejo contra las tentaciones y las dudas de la derrota y de la adversidad.

IV

Vivía en una casita de Londres, ó en el campo, en el condado de Buckingham, frente á un elevado y verde cerro; publicaba su *Historia de Inglaterra*, su *Lógica*, un *Tratado de la verdadera religión y de la herejía*, y meditaba su gran *Tratado de la doctrina cristiana*; entre todos los consuelos, el trabajo es el más sano y fortificante, porque alivia al hombre, no proporcionándole dulzuras, sino pidiéndole esfuerzos. Todas las mañanas hacía que le leyesen en hebreo un capítulo de la Biblia, y permanecía algún tiempo grave y silencioso, á fin de meditar en lo que había oído. Jamás iba á ningún templo. Independiente en religión como en todo, se bastaba á sí mismo; no encontrando en ninguna secta los caracteres de la verdadera Iglesia, oraba á Dios solitariamente, sin necesidad de ajeno auxilio. Estudiaba hasta el medio día; después, tras un ejercicio de una hora, tocaba el órgano ó la viola. Luego, reanudaba sus estudios hasta las seis, y por la noche conversaba con sus amigos. Los que iban á verle, le encontraban, por lo común, «en una pieza tapizada de verde, sentado en un

(1) Soneto XIX.

(2) Sonetos italianos, VI, 4.

sillón y vestido de negro»; «su tez era pálida (dice una visita), pero no cadavérica, padecía de gota en pies y manos»; «el pelo, de color castaño y partido por la mitad, le caía formando largos bucles; los ojos, pardos y límpidos, no denotaban que estuviese ciego». Había sido sumamente hermoso en su juventud, y sus mejillas, inglesas, tan delicadas en otro tiempo como las de una joven, conservaron su color hasta lo último. «Su continente era afable; su porte viril atestiguaba intrepidez y bríos.» Sus retratos respiran cierta altivez y grandeza, y pocos hombres ciertamente han hecho tanto honor al hombre. Así se apagó esa noble vida, como un sol que se pone resplandeciente y sereno. En medio de tantas pruebas, le fué concedida una alegría elevada y pura, verdaderamente digna de él: el poeta que alentaba en el puritano, había reaparecido más sublime que nunca, para dar al cristianismo su segundo Homero. Los ensueños deslumbradores de su juventud y los recuerdos de su edad madura se agrupaban en torno de los dogmas calvinistas y de las visiones de San Juan para formar la epopeya protestante de la Condenación y de la Gracia, y la inmensidad de los horizontes primitivos, las llamaradas del pabellón infernal, las magnificencias del atrio celeste abrían al «ojo interior» del alma regiones desconocidas allende los espectáculos que los ojos de carne habían perdido.

V

Tengo delante de los ojos el temible volumen donde, algún tiempo después de la muerte de Milton, se reunió su prosa (1). ¡Qué libro! Las sillas crujen cuando se pone encima de ellas, y al que le ha manejado una hora le duelen los brazos más aún que la cabeza. Tal libro, tales hombres: por la simple exterioridad se tiene alguna idea de los controversistas y de los teólogos cuyas doctrinas se encierran allí. Y aun hay que pensar que el autor fué singularmente ilustrado, elegante, viajero, filósofo, hombre de mundo para su tiempo. Involuntariamente se recuerdan los retratos de los teólogos del siglo, rígidas figuras grabadas en acero por el duro buril de los maestros, y cuya frente geométrica, cuyos ojos fijos se destacan con violento relieve sobre el obscuro roble de la pared. Se los compara con los semblantes modernos cuyas finas y complejas facciones parecen estremecerse á impulsos de leves de sensaciones y de innumerables ideas. Procura uno figurarse la pesada educación latina, los ejercicios físicos, los tratos rudos, las ideas raras, los dogmas impuestos, que ocupaban, oprimían, fortificaban y endurecían en otro tiempo á la juventud, y se cree

(1) He aquí los títulos de las principales obras en prosa: *History of Reformation*.—*The reason of church government urged against prelacy*.—*Animadversions upon the remonstrant*.—*Doctrine and discipline of Divorce*.—*Tetrachordons*.—*Treatise of Education*.—*Areopagitica*.—*Tenure of King and Magistrates*.—*Iconoclastes*.—*History of Britain*.—*Thesaurus linguae*.—*History of Moscovy*.—*De Logicae, Arte, etc.*

ver un osario de megaterios y de mastodontes reconstruidos por Cuvier.

La raza de los vivos ha cambiado. Hoy anonada á nuestra mente la idea de esa grandeza y de esa barbarie; pero descubrimos que la barbarie fué entonces la causa de la grandeza. Así como en otro tiempo, en el limo primitivo y bajo la bóveda de los helechos colosales, se vió á los pesados monstruos torcer penosamente las ancas escamosas y arrancarse tiras de carne con los informes colmillos, así vemos hoy á distancia, desde las alturas de la civilización serena, las batallas de los teólogos que, acorazados con silogismos y erizados de textos, se cubrían de inmundicia y se esforzaban en devorarse.

En primera fila combatió Milton, predestinado á la barbarie y á la grandeza por su naturaleza personal y por las costumbres ambientes, capaz de manifestar en alto relieve la lógica, el estilo y el espíritu del siglo. Lo que ha desbastado á los hombres es la vida de los salones: ha sido menester la sociedad de las damas, la falta de intereses serios, la ociosidad, la vanidad, la seguridad, para poner en auge la elegancia, la urbanidad, la broma fina y ligera, para enseñar el deseo de agradar, el temor de enojar, la perfecta claridad, la corrección acabada, el arte de las transiciones insensibles y de las atenuaciones delicadas, el gusto por las imágenes convenientes, la facilidad continua y la diversidad escogida. No se busque en Milton nada semejante. La escolástica no está lejos; pesa aún sobre los que la destruyen. Bajo esa armadura secular, la discusión marcha pedantesca-mente, á pasos contados.

Se empieza por sentar la tesis, y Milton escribe en letras grandes, á la cabeza de su *Tratado del divorcio*,

la proposición que va á demostrar: «Que una mala disposición, incapacidad ó contrariedad de espíritu, procedente de una causa no variable en naturaleza, que impida y deba probablemente impedir siempre los beneficios principales de la sociedad conyugal, que son el consuelo y la paz, es una razón mayor de divorcio que la frialdad natural, especialmente si no hay hijos y si hay consentimiento mutuo.» Acto continuo viene, legión tras legión, el ejército disciplinado de los argumentos. Batallones tras batallones, pasan numerados con etiquetas visibles. Hay una docena en fila, cada uno con su título en caracteres salientes y la pequeña brigada de subdivisiones que manda. Los textos sagrados ocupan allí el puesto principal. Se discuten palabra por palabra el sustantivo detrás del adjetivo, el verbo detrás del sustantivo, la preposición detrás del verbo; se citan interpretaciones, autoridades, ejemplos, que se colocan entre empalizadas de nuevas divisiones. Y, á pesar de todo, falta el orden; la cuestión no es referida á una idea única; no se ve el camino; las pruebas se suceden sin seguirse; se siente uno fatigado más bien que convencido. Se reconoce que el autor habla á gente de Oxford, á laicos ó sacerdotes, educados en las disputas aparatosas, capaces de atención obstinada, acostumbrados á digerir los libros indigestos. Ellos se encuentran bien en esa maraña espinosa de malezas escolásticas; se abren allí su camino, un poco á ciegas, endurecidos contra las heridas que nos repelen á nosotros y sin tener idea de la luz que nosotros pedimos por todas partes.

No se busque ingenio en discutidores tan apelmazados. El ingenio es la agilidad de la razón victoriosa: aquí, como todo es poderoso, todo es pesado. Cuando Milton quiere bromear, parece un piquero de Crom-

well que, entrando en un salón á bailar, cayese de bruces con todo su peso y con todo el peso de su armadura. Hay pocas cosas tan estúpidas como sus *Observaciones sobre un contradictor*. Al fin de una refutación, su adversario concluía con este rasgo de ingenio teológico: «Ya veis, hermano, habéis estado pescando toda la noche sin coger nada.» Y Milton replica en son de triunfo: «Si pescando con Simón el Apóstol no podemos nosotros coger nada, ved lo que cogéis vosotros con Simón el Mago; porque él os ha legado todos sus anzuelos y todos sus instrumentos de pesca.» Los concurrentes soltaban una carcajada estrepitosa: les hacía gracia esa manera de insinuar que el adversario era simoníaco. Un poco antes formulaba éste el siguiente dilema: «Decidme: ¿esta liturgia, es buena ó mala?—Es mala. Reparad, como podáis, para la primera embestida, el cuerno de vuestro dilema aqueño.» Los sabios se maravillaban de la bella comparación mitológica, y la concurrencia se regocijaba de ver al adversario comparado sutilmente con un buey, con un buey vencido, con un buey pagano.

En la página siguiente el adversario decía, á guisa de observación aguda y donosa: «La verdad es, hermanos míos, que no habéis tomado bien la altura del polo. No es extraño (responde Milton): hay otros muchos que no toman bien la altura de vuestro polo, pero que tomarán mejor la declinación de vuestra altura.» Se leen tres juegos seguidos de palabras del mismo gusto; todo eso parecía sabroso y divertido. Otra vez, como Saumaise clamara que el sol no había visto jamás un crimen comparable á la muerte del rey, Milton le aconsejaba ingeniosamente que volviese á dirigirse al sol, no para iluminar las fechorías de Inglaterra, sino para calentar la frialdad de su estilo.

Lo burdo de esos chistes anuncia inteligencias enredadas aún en la erudición naciente. La Reforma es el principio del pensamiento libre, pero no es más que su principio. No ha nacido la crítica; la autoridad pesa aún grandemente sobre los espíritus más emancipados y temerarios. Milton, para demostrar que se puede dar muerte á un rey, cita á Orestes, cita las leyes de Públicola y la muerte de Nerón. Su historia de Inglaterra es un hacinamiento de todas las tradiciones y de todas las fábulas. En cualquier circunstancia ofrece por prueba un texto de la Escritura; su audacia es dar muestras de gramático atrevido, de comentador heroico. Es ciegamente protestante, como otros son ciegamente católicos. Deja encadenada la alta razón, madre de los principios; no ha libertado más que la razón subordinada, intérprete de los textos. A semejanza de las criaturas enormes á medio formar, hijas de las primeras edades, es aún medio hombre y medio limo.

¿Es aquí donde encontraremos la cortesía? La dignidad elegante es la que responde á la injuria con la ironía tranquila, y respeta al hombre traspasando el corazón de la doctrina. Milton aporrea groseramente á su adversario. Un pedante desabrido, nacido de la unión de un léxico griego y de una gramática siríaca, Saumaise, había vomitado contra el pueblo inglés un vocabulario de injurias y un *in-folio* de citas. Milton le respondió en el mismo estilo: le llamó «histrión, charlatán, profesor de á cuarto (1), fámulo asalariado, ente inútil, pillo, hombre sin corazón, malvado, imbécil, sacrílego, esclavo digno del azote y de la horca». Agotó el diccionario de los terminachos lati-

(1) *Professor triobolaris*.

nos. «Tú que sabes tantas lenguas, que lees y escribes tantos volúmenes, no eres más que un burro.» Pareciéndole feliz el epíteto, le repitió y le santificó: «Tú, el más parlanchín de los burros, vienes montado por una mujer, acosado por las cabezas curadas de los obispos á quienes habías herido, imagen en pequeño de la gran bestia del Apocalipsis.» Acabó por llamarle fiera, apóstata y diablo: «No dudes que te está reservado el mismo fin que á Judas, y que, impulsado por la desesperación más bien que por el arrepentimiento, disgustado de ti mismo, te colgarás un día y reventarás, como tu émulo, por la mitad del vientre.» Se cree oír los bramidos de dos toros.

Tenían su ferocidad. Milton odiaba con todo el corazón. Combatía con la pluma como los *costillas de hierro* con la espada, con un rencor concentrado y una fiera obstinación. Los obispos y el rey pagaban entonces once años de despotismo. Cada cual se acordaba de los destierros, las confiscaciones, los suplicios, las violaciones sistemáticas de la ley, la maquinación constante contra la libertad del individuo, la imposición de la idolatría episcopal á las conciencias cristianas, el envío de los predicadores fieles á los desiertos de América ó su entrega al verdugo y á la picota (1).

(1) Transcribo una de sus quejas. El lector juzgará, por la magnitud de los ultrajes, de la magnitud de los resentimientos:

«Humilde petición del doctor Alejandro Leighton, preso en la *Fleet*.

»Representa humildemente:

»Que el 17 de Febrero de 1630 fué prendido, al volver de sermón, por mandato de la alta comisión, y arrastrado por las calles, seguido de gente con hachas y palos, hasta la cárcel de Londres.—Que, llamado el carcelero de Newgate, le puso los grillos y le llevó á viva fuerza á un tabuco infecto y ruinoso, lleno de ratas y ratones, y cuyo techo se había hundido; de

Tales recuerdos, albergados en almas poderosas, imprimen en ellas odios inexpiables, y los escritos de Milton revelan una saña que nosotros no conocemos ya. La impresión que deja su *Iconoclasta* (1) es abrumadora. Frase por frase, refuta y acusa al rey hasta el fin, dura y amargamente, sin que la acusación flaquee un solo minuto, sin que se conceda al acusado la menor buena intención, la menor disculpa, la menor apariencia de justicia, sin que el acusador se distraiga y repose un momento en ideas generales.

Es una lucha cuerpo á cuerpo, de una saña obstinada, en que no se piensa más que en herir con brío y

modo que cafan sobre él la lluvia y la nieve. No había cama ni sitio donde encender lumbre, fuera de las ruinas de una chimenea vieja que hacía humo. Allí estuvo encerrado unas quince semanas, sin que se permitiera á nadie ir á verle, hasta que al fin se autorizó sólo á su mujer.—Que al cuarto día de su encarcelamiento su perseguidor, con una gran multitud, fué á su casa en busca de libros de jesuitas, y trató á su mujer de una manera tan bárbara é inhumana, que le da vergüenza referirla; que desocuparon todos los cuartos y desnudaron á todas las personas; que á un niño de cinco años le pusieron una pistola al pecho, amenazándole con matarle, si no descubría los libros...—Que, por lo que hace á él, estuvo enfermo, y, en opinión de cuatro médicos, fué envenenado, porque se le cayeron todo el pelo y la piel.—Que, en lo más fuerte de esa enfermedad, se pronunció contra él la cruel sentencia, y se ejecutó el 26 de Noviembre, en cuyo día recibió en la espalda desnuda treinta y seis zurriagazos, teniendo las manos atadas á un poste.—Que estuvo de pie cerca de dos horas en la picota, expuesto al frío y á la nieve, después de lo cual le marcaron la cara con un hierro candente, le partieron la nariz y le cortaron las orejas.—Que luego le llevaron á la *Fleet* y le encerraron en un cuarto de tal naturaleza, que siempre estuvo enfermo y al cabo de ocho años le llevaron á la prisión común.» Tenía setenta y dos años. (Neal: *History of the Puritans*, II, 19.)

(1) Respuesta al *Retrato real*, obra atribuida al rey, en favor del rey.

en matar seguramente. Contra los obispos, que estaban vivos y eran poderosos se desató su odio con más violencia aún, y apenas basta para expresarle la acritud de las metáforas venenosas. Milton los presentó «calentándose al sol de la riqueza y del medro» como una nidada de reptiles impuros. «La hez ponzoñosa de su hipocresía, mezclada en una masa podrida con la agria levadura de las tradiciones humanas, es el huevo de serpiente de donde saldrá en alguna parte un anticristo tan disforme como el tumor que la nutre.»

Tantas groserías y zafiedades eran como una coraza exterior, indicio y defensa de la superabundancia de vida que rebosaba en aquellos miembros y pechos de luchadores. Hoy la inteligencia, más fina, se ha hecho más débil; las convicciones, menos rígidas, se han hecho menos vigorosas. La atención, libre del peso de la escolástica y de la tiranía de la Biblia, se ha relajado. Las creencias y las voluntades, disueltas por la tolerancia universal y por los mil choques contrarios de las ideas multiplicadas, han engendrado el estilo exacto y fino, instrumento de conversación y de placer, y proscrito el estilo poético y rudo, arma de guerra y de entusiasmo. Si hemos domeñado en nosotros la ferocidad y la tontería, hemos disminuido en nosotros la fuerza y la grandeza.

La fuerza y la grandeza brillan en Milton, ostentándose en sus opiniones y en su estilo, fuentes de su creencia y de su talento. Aquella soberbia razón aspiraba á desplegarse sin trabas; pidió que la razón pudiese desplegarse sin trabas: reclamó para la humanidad lo que deseaba para sí misma, y reivindicó en todos sus escritos todas las libertades. Empezó por atacar á los prelados panzudos (1), «advenedizos es-

(1) *Of Reformation in England*.